

La “reception history” y su influencia en los estudios sobre megalitismo. Nuevos enfoques historiográficos.

Ester Álvarez Vidaurre
Historiadora

Resumen: El fenómeno del megalitismo ha constituido durante gran parte del siglo XX una de las líneas importantes de estudio dentro del ámbito de la Prehistoria y la Arqueología. La última década ha supuesto la introducción de nuevos enfoques de análisis del mismo. Así, en la historiografía arqueológica reciente encontramos destacadas influencias de la literatura (“reception history”) y la filosofía (hermenéutica o constructivismo), que marcan buena parte de los puntos de partida teóricos de los trabajos de los últimos años. Con las páginas que siguen se pretende analizar el camino que han tomado algunas de las aportaciones más novedosas al conocimiento de los monumentos megalíticos y el caldo de cultivo que ha propiciado la aparición de estos nuevos enfoques.

Palabras clave: Megalitismo. Historiografía. Teoría arqueológica. Historia de la percepción. Constructivismo.

Abstract: The matter of megalithism has been one of the major lines of study in the archaeological and prehistoric works of the twentieth century. In recent years we have seen the introduction of new approaches in its analysis. We can find prominent influences of literature (reception history) and philosophy (hermeneutics, constructivism), which mark many of the points of departure for theoretical work in the last decade. With this work we intended to analyze the most innovative contributions to knowledge of the megalithic monuments and the breeding ground that has led to the emergence of these new approaches.

Key words: Megalithism. Historiography. Archaeological theory. Reception history. Constructivism.

“Toda historia es la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador”¹

Este artículo pretende contribuir a esbozar algunos de los principales rasgos epistemológicos y teóricos de parte de la produc-

¹ Robin George COLLINGWOOD, *Idea de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 210.
[*Memoria y Civilización (MyC)*, 11, 2008, 33-61]

ción historiográfica de los últimos diez años, especialmente la relacionada con corrientes como la “*historia de la percepción*” o “*reception history*”. Aunque nos centraremos especialmente en los trabajos relacionados con el estudio del fenómeno megalítico, muchas de estas premisas se aplican también a otros ámbitos de estudio de la cultura de la Prehistoria.

En el caso del megalitismo, merece la pena destacar que tradicionalmente su análisis ha sido abordado desde una gran variedad de perspectivas, que enriquecen uno de los temas predilectos de las últimas décadas. Como restos materiales prehistóricos, estos monumentos han sido analizados como tales con las técnicas específicas de la arqueología, intentando responder a los intereses generales de la disciplina, considerada paradigmáticamente como el estudio de “*la historia de las sociedades que no fueron capaces de registrar su propia historia*”². En consecuencia, la mayoría de los trabajos centrados en el análisis de este fenómeno se han detenido en la búsqueda del origen, las causas o las circunstancias por las que se construyeron este tipo de edificaciones, así como el papel que jugaron en el seno de las sociedades que las erigieron. De esta forma, las diferentes corrientes interpretativas y líneas epistemológicas, se han acercado a diversos aspectos vinculados al fenómeno megalítico, planteando nuevas preguntas e hipótesis sobre el mismo. Desde distintas tendencias explicativas se ha hecho hincapié a lo largo del siglo XX en los focos de origen (Mediterráneo Oriental, Portugal, área británica...), en la cronología, en los grupos constructores (colonos *versus* indígenas), en los condicionantes sociales que determinaron su aparición y desarrollo, en las tipologías y evolución formal de las construcciones, en la relación de los monumentos con cambios económicos (economía productora), en su vinculación con el paisaje que los rodea, en su significado simbólico y religioso o en las técnicas constructivas empleadas.

Sin embargo, a lo largo de la última década se ha producido un cambio importante en algunos de los trabajos que abordan este fenómeno. El punto de partida de este nuevo enfoque parte de la

² Grahame CLARK, *The study of Prehistory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954, p. 7.

premisa de que en su mayoría las construcciones megalíticas son monumentos destacados del paisaje, que han permanecido a la vista de cualquiera durante las centurias posteriores a su construcción y uso primario. Los megalitos habrían llegado hasta nosotros no sólo por el hecho de haber tenido un origen concreto y un sentido inicial, sino porque tanto el fenómeno material en sí –la construcción megalítica–, como su significado, han sido reinterpretados y reciclados con un sentido práctico que va ligado íntimamente a las circunstancias y la mentalidad propias de cada momento histórico. Estas construcciones se convierten así en entidades polisémicas y cambiantes³.

Si a través de los siglos los megalitos han permanecido a la vista de sucesivas generaciones, es lógico pensar que han sido interpretados, entendidos y reutilizados de diferentes maneras. Analizar en exclusiva sus vicisitudes prehistóricas sería una visión reduccionista. En consecuencia, en este tipo de trabajos no prima tanto la consideración de los monumentos como objetos arqueológicos (restos de un momento temporal concreto) sino la importancia del análisis de su vida posterior, algo que habitualmente no había sido abordado por los prehistoriadores hasta hace poco tiempo. Esta nueva perspectiva de análisis trata de enriquecer el enfoque habitual de los trabajos sobre megalitismo otorgándoles el valor añadido de lo que se ha denominado en el ámbito anglosajón *life-history* o *reception-history*. Se trataría por tanto de interesarse por la ‘biografía’ de estas construcciones, incidiendo tanto en los avatares materiales (reutilizaciones físicas) de los megalitos a lo largo del tiempo, como en las cambiantes explicaciones que sobre los mismos se han dado con el devenir de la historia (reintepretaciones).

Un aspecto de gran importancia que no debemos olvidar es que planteamientos como el que acabamos de mencionar no surgen de la nada, sino que se enmarcan dentro de ciertos postulados teóricos defendidos recientemente por algunos prehistoriadores y arqueólogos,

³ Marcos MARTINÓN-TORRES, *Os monumentos megalíticos despois do megalitismo: arqueoloxía e historia dos megalitos galegos a través das fontes escritas (s. VI-s. XIX)*, Valga, Concello de Valga, 2001, p. 21.

[MyC, 11, 2008, 33-61]

especialmente del ámbito anglosajón⁴. Elementos inspiradores de esta valoración diacrónica y polisémica de los monumentos han sido la teoría de la recepción literaria, el constructivismo aplicado a la realidad, o la fenomenología del paisaje, que han dejado importantes

⁴ Ejemplos de este tipo de enfoques pueden ser obras como las de Richard BRADLEY, *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*, Edimburgo, Society of Antiquaries of Scotland, 1993; *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Londres, Routledge, 1998; o *The past in prehistoric societies*, Londres, Routledge, 2002; Gabriel COONEY, “Social landscapes in Irish prehistory”, en Peter J. UCKO y Robert LAYTON (eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1999, pp. 46-64; Christopher CHIPPINDALE, *Stone-henge complete*, Londres, Thames & Hudson, 1994; Richard HINGLEY, “Ancestors and identity in the alter prehistory of Atlantic Scotland: the reuse and reinvention of Neolithic monuments and material culture”, *World Archaeology*, 28/2, 1996, pp. 231-43; Marc PATTON, “La Hougue Bie à Jersey: transformation d’un monument du Néolithique à nos jours”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 93, 1996, pp. 298-300; Conor NEWMAN, “Reflections on the making of a ‘royal site’ in early Ireland”, *World Archaeology*, 30/1, 1998, pp. 127-41; Sarah SEMPLE, “A fear of the past: the place of the prehistoric burial mound in the ideology of middle and later Anglo-Saxon England”, *World Archaeology*, 30/1, 1998, pp. 109-26; Cornelius HOLTORF, “Towards a chronology of megaliths: understanding monumental time and cultural memory”, *Journal of European Archaeology*, 4, 1996, pp. 119-52; “Christian landscapes of pagan monuments. A radical constructivist perspective”, en George NASH (ed.), *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, Oxford, BAR International Series, 1997, pp. 80-8; “Beyond cronographies of megaliths: understanding monumental time and cultural memory”, en Antón RODRÍGUEZ-CASAL (ed.), *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1997, pp. 104-14; “The life-histories of megaliths in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)”, *World Archaeology*, 30/1, 1998, pp. 23-8; “From the life-history of a monument to re-uses of ancient objects. Excavations at Monte da Igreja near Évora (Portugal)”, *Journal of Iberian Archaeology*, 4, 2002, pp. 177-201; *Monumental past: the life-histories of megalithic monuments in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)* [monografía electrónica en constante actualización, disponible en: <https://tspace.library.utoronto.ca/citd/holtorf/index.html>], Toronto, Centre for Instructional Technology Development, 2000-2007.

huellas en los principios epistemológicos de la arqueología de los últimos años.

El creciente interés por la “vida histórica” de los restos materiales arqueológicos que se traduce en algunas publicaciones de los últimos años, sólo puede entenderse dentro del contexto epistemológico y de la historiografía predominante a finales del siglo XX y principios del XXI, en lo que se ha venido denominando la “condición postmoderna”⁵. En la investigación arqueológica se ha plasmado en las llamadas corrientes postprocesuales. Así, para comprender por qué en la actualidad los monumentos prehistóricos y otros elementos han empezado a ser valorados por su posibilidad de reinterpretación a lo largo del tiempo, hay que analizar algunos de los postulados básicos de estas líneas.

1. Interpretación en Arqueología: las corrientes post-procesuales y el constructivismo

Tras la consolidación de la disciplina arqueológica en el siglo XX, algunos de los temas-clave del debate epistemológico son sin duda la posibilidad de *conocer* el pasado y de reconstruirlo objetivamente, o la idoneidad de los restos materiales para conocer la *verdad histórica*⁶.

Las ideas postprocesuales surgen en un contexto muy concreto, marcadas en gran medida por planteamientos filosóficos ligados al postmodernismo y el giro lingüístico⁷. Entre las ideas postmodernas

⁵ Jean François LYOTARD, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 10.

⁶ James MCGLADE, “Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico”, *Trabajos de Prehistoria*, 56/2, 1999, pp. 5-18; Vicente LULL y Rafael MICÓ, “Teoría arqueológica III. Las primeras arqueologías postprocesuales”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 11-12, 2001-2002, pp. 21-41. Como es sabido, la epistemología es la rama de la filosofía que trata sobre el carácter del conocimiento (lo que lo constituye, cómo se construye, sus límites, su validación...).

⁷ La condición postmoderna ha sido definida por Lyotard como una “incredulidad con respecto a los metarrelatos” (*La condición postmoderna...*, p. 10), característica de las sociedades capitalistas occidentales. Se [MyC, 11, 2008, 33-61]

más influyentes en la teoría arqueológica se encuentra la del rechazo del esencialismo –que conduce a negar la existencia de un mundo real cognoscible–, así como la pérdida de confianza en el método científico, auspiciada por autores como Heidegger, Nietzsche, Derrida o Foucault⁸. Para los críticos de la modernidad, el mundo es considerado una mera apariencia, un conjunto de significados inestables que son *interpretados* por los seres humanos⁹. Llevar al extremo este tipo de ideas puede conducir a no establecer ninguna distinción entre historia

entiende metanarrativa o metarrelato como un discurso serio que se considera en posesión de una verdad absoluta (Matthew JOHNSON, *Teoría arqueológica. Una introducción*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 201). En las ciencias humanas, y especialmente en el ámbito de la teoría arqueológica, el postmodernismo se ha caracterizado por la aplicación de métodos ‘deconstructivos’ de la realidad que tratan de interpretar las múltiples relaciones entre cultura, clase o género y sus efectos en la producción cultural y las lecturas unívocas de la misma (Ian HODDER, Michael SHANKS *et alii* (eds.), *Interpreting archaeology. Finding meanings in the past*, Londres, Routledge, 1995, p. 241).

⁸ El esencialismo considera que las cosas tienen una esencia que permite identificarlas como las cosas particulares que son (Jacques DERRIDA, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989; *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 2003). En arqueología por ejemplo, esto conlleva la premisa de que la sociedad misma, o los distintos tipos de sociedad, tienen una ‘esencia’ que se expresa o refleja en el registro material que el arqueólogo observa (I. HODDER, M. SHANKS *et alii*, *Interpreting archaeology. Finding meanings in the past*, p. 236).

⁹ No nos detendremos ahora en exceso en definir lo que esto supuso para la investigación histórica en general o la arqueológica, pero podemos remitir a una serie de obras que en los últimos años analizan de forma detallada estos asuntos, como pueden ser las de Fredric JAMESON, *The cultural turn: selected writings on the postmodern, 1983-1998*, Londres, Verso, 1998; Amalia QUEVEDO, *De Foucault a Derrida: pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*, Pamplona, EUNSA, 2001; Victor E. TAYLOR y Charles E. WINQUIST (eds.) *Encyclopedia of postmodernism*, Londres, Routledge, 2001; Elizabeth Ann CLARK, *History, theory, text: historians and the linguistic turn*, Cambridge, Harvard University Press, 2004; Jaume AURELL, *La escritura de la memoria. De los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de Valencia, 2005; o Gabrielle M. SPIEGEL, *Practicing history: new directions in historical writing after the linguistic turn*, Nueva York, Routledge, 2005.

y literatura o entre realidad y ficción, como propugna por ejemplo el constructivismo radical. No obstante, gracias a la generalización de este tipo de ideas (realidad entendida como texto, posibilidad de reinterpretaciones, inexistencia de una única verdad...), los estudios diacrónicos acerca de la realidad arqueológica están empezando a ser tenidos en cuenta por diferentes investigadores europeos.

Otra influencia importante dentro de las líneas postprocesuales la constituyó en su momento el estructuralismo, especialmente a partir de la década de 1980¹⁰. En la investigación prehistórica ésta se ha reflejado principalmente en la transformación en el modo de entender la cultura. Las diferentes corrientes postprocesuales han criticado del enfoque anterior (procesualista o funcionalista) su reduccionismo ambiental, las relaciones simplistas hombre-naturaleza o el desprecio de factores no económicos, proponiendo como alternativas la necesidad de “leer” elementos culturales en términos de percepción, de forma cognitiva y simbólica. A partir de este momento, y en oposición a la visión funcional y adaptativa que tenía para corrientes como la Nueva Arqueología, la cultura pasa a ser considerada por muchos autores como un sistema de comunicación, un lenguaje de signos específicos. En palabras de Hodder: “*la cultura material es como un texto que hay que leer*”¹¹. Tal vez la consecuencia más importante para las corrientes postprocesualistas sea la de considerar la cultura material como un texto, entendiéndolo como un conjunto estructurado de diferencias que los individuos se encargan de leer y *reescribir* continuamente. Esa posibilidad de reinterpretación constante es la que más nos interesa a la hora de explicar el relativo auge en la última década de enfoques de estudio como los de la mencionada *life-history* o *reception-history*.

¹⁰ El estructuralismo, con origen en la investigación lingüística, está sintetizado en la obra de Ferdinand de SAUSSURE, *Cours de linguistique general* (1916). A partir de entonces el lenguaje será considerado como un sistema de signos organizado mediante una serie de reglas ocultas, que funcionará a su vez como un sistema de comunicación *social* (M. JOHNSON, *Teoría arqueológica*, p. 122).

¹¹ Ian HODDER, “La arqueología en la era postmoderna”, *Trabajos de Prehistoria*, 44, 1987, pp. 11-26.

El carácter textual y polisémico de la realidad puede rastrearse inicialmente en la investigación arqueológica británica, plasmada desde principios de la década de 1980 en la obra de Ian Hodder o de Shanks y Tilley¹². Para el pensamiento postprocesual, el historiador o prehistoriador *construye* una imagen del pasado, al que resulta imposible acceder directamente porque ya no existe. Los arqueólogos, en palabras de Shanks y Tilley “*producen un pasado en el presente (...) realizan una práctica social que no puede escapar del presente*”¹³. Del pasado sólo quedarían ciertos restos materiales, que se organizan de forma significativa en la actualidad y en un contexto determinado. Por tanto, la interpretación en arqueología no puede ser de carácter científico sino de tipo hermenéutico. Es decir, debe tratar sobre ideas y significados, en la medida en que el comportamiento humano es *siempre* intencionado. La cultura material del pasado, tal como señalábamos antes, pasa a ser entendida como un texto, que debe ser leído e *interpretado* por el arqueólogo¹⁴. Si la realidad no existe como tal y es construida continuamente por parte de los individuos, no existe de forma objetiva y única, sino que puede estar

¹² Ian HODDER, *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982; “Theoretical archaeology: a reactionary view”, en Ian HODDER (ed.), *Symbolic and structural archaeology*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982, pp. 1-16; *The archaeology of contextual meanings*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987; *Archaeological theory today*, Cambridge, Polity Press, 2001; Michael SHANKS y Christopher TILLEY, *Social theory and archaeology*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988; *Re-constructing archaeology: theory and practice*, Londres, Routledge, 1987. En origen estas críticas postprocesuales de Hodder, Shanks o Tilley se englobaron en la denominada Teoría Crítica, que bebía de los movimientos intelectuales postmodernistas. No obstante, en los últimos años se han generalizado una serie de “etiquetas” diferentes para caracterizar a estas nuevas tendencias relativistas en Arqueología. Así, podemos encontrar referencias a una Arqueología contextual, Arqueología Interpretativa o al Constructivismo.

¹³ M. SHANKS y C. TILLEY, *Re-constructing archaeology*, p. 7.

¹⁴ Michael SHANKS y Ian HODDER, “Processual, postprocessual and interpretive archaeologies”, en Ian HODDER, Michael SHANKS *et alii* (eds.): *Interpreting archaeology...*, pp. 3-29.

sujeta a múltiples lecturas, al margen de que está abierta también a manipulaciones conscientes o inconscientes de su significado¹⁵.

A diferencia de la confianza procesual en la posibilidad de una explicación del funcionamiento de la realidad del pasado, para estas nuevas tendencias ya no existiría forma alguna de contrastar de manera práctica ningún tipo de interpretación sobre la misma¹⁶. Así, no habría una versión o explicación *definitiva* o *verdadera* del registro o del pasado. La subjetividad de la interpretación sería algo consustancial a la disciplina arqueológica, ya que ésta *crea* el pasado desde el presente. Por tanto, el investigador estará determinado por su marco teórico previo, su formación, el contexto histórico, la situación de la disciplina en ese momento, etc. Así pues, una de las aportaciones más novedosas del postprocesualismo consiste en dejar abierta la puerta a explicaciones alternativas e incluso opuestas, a pesar del riesgo de relativismo extremo que esto implica¹⁷. Junto a ello, destaca por haber

¹⁵ M. JOHNSON, *Teoría arqueológica*, p. 139. En la consideración de la cultura material como un sistema de comunicación simbólico, relacionado además con las estrategias de construcción social y de poder, han influido en gran manera obras nacidas del estructuralismo, como por ejemplo la de Max Weber, Roland Barthes o Edmund Leach. En cuanto a la posibilidad de “manipulación” de esa construcción del pasado, destaca la importancia otorgada por los autores postprocesualistas a la consideración de que grupos de poder e individuos utilizan la cultura para favorecer o mantener desigualdades sociales, políticas o económicas (V. LULL y R. MICÓ, *Teoría arqueológica...*, p. 26).

¹⁶ Se señala que en la práctica no es posible desarrollar una comprobación que satisfaga los criterios positivistas, y que en definitiva no hay manera de confrontar la teoría con los datos (porque esos datos no son objetivos, siempre se ven a través de las determinaciones de la teoría). El peligro latente que deriva de esta consideración es el de caer en un total relativismo, según el cual cualquier tipo de interpretación del pasado tiene el mismo valor y fiabilidad (C. HOLTORF, *Monumental past: the life-histories of megaliths...*).

¹⁷ Ante la disyuntiva de establecer criterios de validez de las distintas interpretaciones, algunos autores postprocesuales han intentado marcar una serie de límites –ciertamente discutibles–, que eviten el “todo vale”. Entre ellos destacan aspectos como la cantidad de datos disponibles (cuanto mayor sea, más posibilidad de obtener una interpretación correcta del significado)

puesto en la palestra la pretendida neutralidad del conocimiento histórico, animando interesantes debates sobre la vinculación de los propios arqueólogos con la situación política e histórica en la que viven y la posibilidad de manipulación legitimadora del pasado.

El postprocesualismo en general ha tendido a revalorizar el papel del individuo como elemento activo y reflexivo del proceso cultural¹⁸. El modelo más relevante de ciencia no positivista adoptado en la teoría arqueológica es el constructivismo, que defiende como premisa principal que el conocimiento es una construcción o elaboración social¹⁹. Si no existe un único “pasado real”, la labor del investigador debe consistir en ejercer de puente entre el pasado y el presente, trabajando sobre los restos del pasado para producir conocimientos relevantes y justificables según los intereses y el contexto contemporáneos. Según esto, el calificativo que mejor define la labor de investigación arqueológica es el de *interpretativa*, entendiendo que los restos del pasado requieren inevitablemente que se les otorgue un sentido, una traducción desde la situación actual²⁰. Tal como señala Holtorf, –buen ejemplo de los enfoques constructivistas en arqueología–, “*the aim of archaeological interpretation is not to produce*

(Ian HODDER, *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 169-70), o la coherencia interna de las propuestas así como la existente entre ellas y el mundo personal del arqueólogo (*Ibidem*, p. 119). Frente a estas posturas más “conservadoras”, corrientes como el constructivismo radical apelan a un relativismo mucho más marcado, que considera que la característica básica del pasado es su multiplicidad interpretativa y la incapacidad de determinar qué explicaciones son válidas y cuáles no, por lo que todas merecen igual consideración.

¹⁸ En este tipo de cuestiones es preciso destacar la influencia de autores como Giddens o Bourdieu, que señalan la relación recíproca entre las reglas de la estructura social y la libertad de modificación de los individuos. Como se verá, existe también un paralelismo con la teoría de la recepción literaria y el protagonismo que ésta otorga al lector.

¹⁹ I. HODDER, M. SHANKS *et alii* (eds.): *Interpreting archaeology...*, p. 233.

²⁰ Christopher TILLEY, *Interpretative archaeology*, Oxford, Berg, 1993, p. 6; Julian THOMAS, *Time, culture and identity*, Londres, Routledge, 1996, p. 17.

‘true’ statements about the past, but to evoke intelligibility of the past and its remains in the present”²¹.

Como apuntábamos antes, el mayor peligro de las tesis postprocesualistas es el de caer en el relativismo, que llevado a sus últimas consecuencias consideraría que no existe ninguna posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo del pasado (todo conocimiento sería una construcción, no un descubrimiento)²². Sin llegar a esto, autores como Michael Shanks o Christopher Tilley matizan su postura decantándose por un *relativismo epistemológico*. Este término hace alusión a la idea de que el conocimiento está siempre arraigado dentro de un tiempo y una cultura concretos. Así, tanto los hechos como su interpretación son *construidos* en cada momento. Por tanto un adecuado estudio del contexto puede arrojar cierta luz sobre la validez

²¹ C. HOLTORF, *Monumental past: the life-histories of megaliths...* A lo largo de este trabajo se va a citar varias veces esta monografía electrónica de Cornelius Holtorf. Lamentamos no poder detallar las páginas –aunque sea virtuales– de la obra, ya que se trata de un “experimento” original del autor, que llevando al extremo las ideas constructivistas ha redactado la obra como un texto *hypermedia*, es decir, páginas independientes con numerosos hipervínculos en centenares de términos que permiten que cada lector vaya construyendo e hilvanando su propio texto de lectura por medio de las relaciones entre estas palabras-clave. Al carecer de índice y paginación y al no ser tampoco un texto lineal se hace imposible dar más detalles para la localización de estas citas. Una posible solución es realizar una búsqueda por la palabra o concepto deseado en la página inicial, lo que nos remitirá a todas las páginas relacionadas con ese término.

²² Robert LAYTON y Peter J. UCKO, “Introduction: gazing on the landscape and encountering the environment”, en Peter J. UCKO y Robert LAYTON (eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1999, pp. 1-20. Bruce TRIGGER (*A history of archaeological thought*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006) plantea también una importante cuestión que derivaría de la aceptación de un relativismo extremo. Si la arqueología es incapaz de producir algún tipo de conocimiento acumulativo sobre el pasado y se trata de una construcción totalmente parcial y dependiente del contexto histórico específico, ¿qué justificación científica se podría ofrecer para realizar investigación arqueológica? Lo único que podría aducirse serían motivos políticos, psicológicos o estéticos para abordarla.

de nuestra interpretación²³. Frente a ello encontramos argumentos más extremos, justificados por ciertos autores encuadrados en la línea más dura del constructivismo o “constructivismo radical”, que en los últimos años está representado por ejemplo en la obra de Cornelius Holtorf. Para el constructivismo radical el conocimiento es un proceso cognitivo del cerebro humano, que no se dirige a alcanzar una imagen *verdadera* de lo real, sino a organizar el mundo que se experimenta de una forma coherente y útil para el sujeto²⁴. De esta forma, distintas adecuaciones del conocimiento a la realidad –distintas versiones o interpretaciones– pueden tener igual validez.

2. *El influjo de las teorías literarias y filosóficas: giro lingüístico, “reception history” y fenomenología*

Por otra parte, y al margen de las influencias de carácter filosófico, el giro lingüístico y la teoría de la recepción literaria también resultan esenciales para comprender bastantes de los postulados postmodernistas y postprocesualistas. De forma sintética y por lo que respecta a su influjo en la teoría arqueológica, se defenderá la premisa de que el lenguaje consiste en una realidad autónoma que nos permite hacer inteligible el mundo y construirlo según unas reglas de significado²⁵. Dentro del ámbito de la crítica literaria y desde la década de 1970 se ha ido consolidando una corriente o paradigma denominado teoría o estética de la recepción (*reception theory* o *reader-response theory*), que a su vez ha tenido una notable

²³ M. SHANKS y I. HODDER, “Processual, postprocessual and interpretive archaeologies”, pp. 19-20; Christopher TILLEY, *Material culture and text. The art of ambiguity*, Londres, Routledge, 1991.

²⁴ C. HOLTORF, “Christian landscapes of pagan monuments...”, p. 80; *Monu-mental past: the life-histories of megaliths...*). Las tesis del constructivismo radical se inspiran en líneas apuntadas desde la filosofía o la sociología de la ciencia. Se pueden consultar al respecto obras como las de Ernst VON GLASERSFELD (*The construction of knowledge*, Seaside, Intersystems Publications, 1987; *Radical constructivism: a way of learning*, Londres, Falmer, 1996), considerado el fundador de la corriente.

²⁵ Gabrielle M. SPIEGEL, *The past as text. Theory and practice of medieval historiography*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1997, p. 5.

repercusión en algunos enfoques de estudio arqueológicos²⁶. La principal aportación de la teoría de la recepción literaria la constituirá la revalorización del lector.

Sin embargo, no debemos olvidar que el nacimiento de la estética de la recepción sólo es posible si se tienen en cuenta las propuestas que ya se venían haciendo en el seno de otras escuelas y corrientes tanto filosóficas como lingüísticas: hermenéutica, sociología de la literatura, estructuralismo, pragmática... Este ambiente de creciente relativismo que afecta a prácticamente todas las disciplinas, sólo puede entenderse en un contexto general europeo de crisis del modelo positivista de ciencia, que coincide con el auge de la ya mencionada “condición postmoderna”. Estas influencias directas serán claves en la aparición de una nueva manera de entender el texto literario, que considera vital detenerse en la función de construcción del texto desempeñada en el proceso de lectura²⁷. Se apuntará que los autores –en los que se centraba preferentemente la historia tradicional de la literatura–, “*lo eran porque determinados lectores (de una época, de un país, de un grupo social, de una corporación profesional) los han preferido a otros (...). Los lectores inventan a los autores y no a la inversa*”²⁸.

Una de las propuestas básicas que subyace en la obra de los autores recepcionistas es la de que todo texto, sea del tipo que sea,

²⁶ El pistoletazo de salida de esta propuesta lo constituyó la lección inaugural (“*La historia literaria como desafío a la crítica literaria*”) pronunciada en 1967 por Hans Robert JAUSS en la Universidad de Constanza, donde nació y se desarrolló inicialmente la escuela recepcionista. Esta lección de Jauss se considera la formulación programática de la nueva corriente. Para consultar sus propuestas se puede acudir a la reelaboración del texto, publicada bajo el título: *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1976.

²⁷ Umberto ECO, *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992, p. 22.

²⁸ Miguel Ángel GARRIDO, “Consideraciones necesarias para una semiótica desde la recepción”, en M^a Carmen HERNÁNDEZ, Isabel MORALES y Fátima COCA (eds.), *La recepción de los discursos: el oyente, el lector y el espectador (Actas del III Seminario Emilio Castelar, Cádiz, Diciembre de 2002)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 79-94.

debe ser sometido a interpretación, y que esa interpretación siempre está determinada por el contexto y la *historicidad de la comprensión*²⁹. Se considerará inevitable que todo conocimiento se vea influido por el entorno concreto en que se encuentra el observador. Como consecuencia de todo esto, pueden darse diferentes construcciones de sentido sobre el mismo texto, que derivan de lectores o receptores con distintas disposiciones de recepción surgidas histórica y socialmente.

Esta capacidad polisémica y la influencia del contexto histórico y sociocultural en la “lectura” es el rasgo más destacado a la hora de analizar el paralelismo que se viene realizando recientemente entre textos y monumentos megalíticos³⁰. Así pues, la consideración de que el objeto de conocimiento –en este caso el texto– no tiene un sentido

²⁹ Hans Robert JAUSS, *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1976, p. 156.

³⁰ Esta propuesta ya viene siendo enunciada por arqueólogos como Glyn DANIEL, *Megaliths in history*, Londres, Thames & Hudson; José Manuel CAAMAÑO y Felipe CRIADO, “La medorra de Fanegas (Sobrado dos Monxes, Coruña). Un monumento megalítico reutilizado en época romana”, *Brigantium*, 7, 1991-1992, pp. 7-89; Richard BRADLEY, *Altering the earth... The significance of monuments... The past in prehistoric societies*; Cornelius HOLTORF, *Towards a chronology of megaliths... Christian landscapes of pagan monuments... Beyond chronographies of megaliths... From the life-history of a monument to re-uses of ancient objects... Monumental past: the life-histories of megaliths...*; César PARCERO, Felipe CRIADO y Manuel SANTOS, “La arqueología de los espacios sagrados”, *Arqueología Espacial*, 19-20, 1998, pp. 507-16; “Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions”, *World Archaeology*, 30/1, 1998, pp. 159-78; Marcos MARTINÓN-TORRES, “Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas”, *Trabajos de Prehistoria*, 58/1, 2001, pp. 95-108; *Os monumentos megalíticos despois do megalitismo...*; Marcos MARTINÓN-TORRES y Antón RODRÍGUEZ CASAL, “Aspectos historiográficos del megalitismo gallego: de la documentación medieval al siglo XIX”, en Vitor Oliveira JORGE (coord.): *Neolitizaçao e megalitismo da Península Ibérica (Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular)*, vol. III, Oporto, ADECAP, 2000, pp. 303-19; Ester ÁLVAREZ VIDAUURRE, *Historia de la percepción del megalitismo en Navarra y Guipúzcoa: aproximación a una biografía de sus monumentos* [tesis doctoral inédita defendida en la Universidad de Navarra].

unívoco y fijado previamente, hace posible la existencia de distintas explicaciones, que vendrán determinadas por el contexto específico y las ideas previas del observador.

Si son los lectores y no el autor los que otorgan sentido al texto, la obra ya no es una entidad cerrada, finalizada y preconcebida que dispone de una lectura unívoca, sino una realidad que forma parte de un proceso comunicativo dinámico y complejo en el que juegan su papel tres elementos: el autor que emite la señal, la obra que transmite un mensaje y el receptor que recibe e interpreta la obra de diferentes maneras. Tanto el relativismo extremo como el deconstruccionismo consideran que la obra no tiene existencia autónoma, y que depende completamente de cómo sea interpretada. La interpretación sería por ello un acto *ilimitado* de creación, que carece de imposiciones dadas de antemano para constreñir sus significados³¹.

El estudio de las diferentes formas de recepción de los textos o los signos es lo que se ha denominado fenomenología, importando el vocablo del pensamiento filosófico. Tal vez los postulados de la fenomenología en literatura queden resumidos de forma programática en la obra de Ingarden³². Conviene destacar que en los últimos tiempos son muchos los arqueólogos que adoptan este término, para proponer un acercamiento a las distintas maneras de entender los paisajes y las variadas explicaciones de que han sido objeto los monumentos antiguos a lo largo de la historia³³. Como hemos venido apuntando, la fenomenología en literatura propugna que la obra literaria no tiene un significado inherente, sino que sólo lo encuentra cuando el lector interviene y le da sentido³⁴. Por eso, la historia de la literatura debe detenerse en el análisis de las diferentes maneras en

³¹ Paul B. ARMSTRONG, *Lecturas en conflicto: validez y variedad en la interpretación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 19.

³² Roman INGARDEN, *L'oeuvre d'art littéraire*, Lausanne, L'Age d'Homme, 1931.

³³ Tal vez el ejemplo más claro de ello sean las obras ya citadas de Bradley o Holtorf.

³⁴ Luis A. ACOSTA, *El lector y la obra. Teoría de la recepción literaria*, Madrid, Gredos, 1989, p. 107.

que se han relacionado obra y receptor. Volvemos a insistir en el paralelismo que en los últimos años presentan estas propuestas y las de ciertos arqueólogos postprocesuales, que colocan como objetivo principal de su trabajo el estudio de las sucesivas maneras de entender la relación hombre/naturaleza, hombre/paisaje o sociedad/monumentos. Tanto la obra literaria como otras realidades en el campo arqueológico han pasado así a ser consideradas como realidades abiertas e incompletas, que no alcanzan sentido hasta el momento de su recepción. Todo texto incluiría la posibilidad de múltiples sentidos, de los que el lector elegirá unos en concreto³⁵.

Yendo un poco más allá y realizando un paralelismo entre la realidad textual y la cultura, hay que tener en cuenta que a raíz del desarrollo de este tipo de consideraciones por parte de los autores recepcionistas, otras disciplinas como la antropología, la historia o la sociología han tendido a considerar que la “lectura” (con las características precisas que proponía esta nueva corriente literaria) no se ejerce sólo sobre los libros, sino que puede darse sobre todo tipo de objetos y realidades³⁶. Así, para las corrientes postprocesualistas en arqueología, la cultura pasa a ser entendida como un metalenguaje o una realidad semiótica, compuesta por distintos sistemas de signos. La asimilación cultura/sistema de signos se está aplicando también a la manera de entender los monumentos prehistóricos, que son considerados como mensajes basados en códigos subyacentes³⁷. Entre distintas muestras de la inspiración reciente de la investigación arqueológica en este tipo de propuestas, destacamos por ejemplo la gran vinculación

³⁵ Para el caso de los megalitos, parece oportuno mencionar en esta línea la puntualización de HOLTORF (*The life-histories of megaliths...*, pp. 104-5) cuando asegura que el megalito en origen debió tener un sentido concreto como plasmación de determinadas ideas del grupo constructor, pero que a lo largo de su historia eso se ha perdido y ha debido ser objeto de nuevos significados y explicaciones que no tienen por qué coincidir con los originales.

³⁶ Jean-Pierre GERFAUD y Jean-Paul TOURREL, *La littérature au pluriel. Enjeux et méthodes d'une lecture anthropologique*, Bruselas, De Boeck, 2004, p. 11.

³⁷ Michael SHANKS, “Foreword”, en George NASH (ed.), *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, Oxford, Archaeopress, 1997, pp. III-IV.

existente entre la teoría de la recepción literaria y postulados de trabajos como los de Holtorf, aplicados en su estudio sobre los megalitos alemanes. Este autor asume como uno de los puntos de partida de su obra la aplicación de la teoría de la recepción literaria a la arqueología³⁸. En el ámbito español, destacamos también la propuesta de Criado y Villoch de una *Arqueología de la Percepción* para los paisajes monumentales megalíticos, que además revaloriza la posibilidad de los estudios diacrónicos sobre esta manifestación cultural³⁹.

De esta manera, la historia de la obra literaria –o la de los megalitos en nuestro caso–, vendría fijada por la intervención que han llevado a cabo sus distintos lectores (o receptores) a lo largo del tiempo. Las palabras de Acosta: “*la historia de una obra literaria es la historia de sus recepciones*”, son perfectamente extrapolables a las construcciones megalíticas y a otros monumentos⁴⁰. De la misma manera que para la nueva corriente literaria es más importante el contexto de recepción de la obra que el de producción, en el estudio de estos monumentos prehistóricos se está proponiendo últimamente la posibilidad de un acercamiento a esas diferentes fases de recepción de los mismos, abriendo una nueva vía de estudio que se aparta de la tradicional aproximación a su momento de construcción y uso primario⁴¹.

³⁸ C. HOLTORF, *The life-histories of megaliths...; Monumental past: the life-histories of megaliths...*; “Constructed Meanings: The Receptions of Megaliths after the Neolithic”, en P.O. NIELSEN (ed.): *Megalithic Tombs-their Context and Construction*. København (Actas del Congreso: Megaliths and Social Geography, 13-17 May, 1994, Falköping, Suecia), e/p.

³⁹ Felipe CRIADO y Victoria VILLOCH, “La monumentalización del paisaje: percepción actual y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza”, *Trabajos de Prehistoria*, 55/1, 1998, pp. 63-80.

⁴⁰ L. ACOSTA, *El lector y la obra...*, p. 20.

⁴¹ En el ámbito literario ya no es tan extraño realizar una historia de la recepción de un autor o de un texto a través de las épocas, como puede mostrar la publicación pionera de Jacques PROUST (*Lectures de Diderot*, París, A. Colin, 1974). Este tipo de enfoques se ha empezado a proponer también recientemente para el estudio de construcciones monumentales que han tenido una larga “vida”. Por ello, el propio Holtorf propone una *reception history* de las construcciones megalíticas.

Si como señalábamos, el giro lingüístico había generalizado el paralelismo entre texto y realidad, la metáfora de la textualidad se empezará a aplicar a muchos ámbitos de la historia. No sólo los textos escritos, sino también otro tipo de documentos, experiencias o comportamientos empiezan a verse como un código lingüístico, una construcción que nos permite hacer inteligible el mundo y construirlo según unas reglas de significado. La polisemia y el relativismo que apuntábamos como rasgos distintivos de las corrientes postprocesuales en arqueología, nacen de esta consideración de la realidad como texto⁴². De ellas surge la posibilidad de ofrecer diferentes significados o de realizar estudios diacrónicos.

3. Fenomenología del paisaje: percepción de los monumentos

La atracción por las formas de organización del espacio y por la percepción del paisaje en momentos prehistóricos se ha convertido también en un campo fructífero para la investigación arqueológica de las últimas décadas. No obstante, las diferencias tanto en el modo de definirlo como de enfocar el análisis de la relación hombre/entorno son patentes según la corriente teórica que oriente el estudio.

La Real Academia Española define paisaje como una “*extensión de terreno que se ve desde un sitio o una extensión de terreno considerada en su aspecto artístico*”⁴³. Al margen de su realidad física, cada vez son más quienes consideran que para poder aplicar este término a un fragmento de la realidad es necesario que exista un observador que lo contemple y experimente sensaciones ante él. Una de las tesis más repetidas por geógrafos e historiadores en las obras sobre el paisaje es su consideración como construcción cultural⁴⁴. Para

⁴² Geoff ELEY, “Is all the world a text? From social history to the history of society two decades later”, en Gabrielle M. SPIEGEL (ed.), *Practicing history*, pp. 35-61.

⁴³ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

⁴⁴ Enrique L. CARBÓ, “Paisaje y fotografía: naturaleza y territorio”, en Javier MADERUELO (dir.), *El paisaje: arte y naturaleza*, Huesca, Diputación de Huesca, 1997, p. 25; Javier MADERUELO, “Introducción: el paisaje”, en Javier MADERUELO (dir.), *El paisaje: arte y naturaleza*, Huesca, Diputación

este apunte se parte del hecho de que, a pesar de que en sí mismo se trata de un medio físico, inevitablemente aparece asociado a una serie de valores y significados culturales que están codificados. En esta apreciación se enfatiza uno de los rasgos principales al que vamos a hacer referencia a continuación: el carácter subjetivo y cultural del paisaje. No se trataría sólo de una entidad tangible formada por elementos biogeográficos (tierra, vegetación, agua, luz, parcelación, explotación económica, urbanismo...), sino que estaría sujeta a un proceso de percepción y valoración personal y social que lo configuran como construcción colectiva⁴⁵.

El paisaje sólo existirá en la medida en que sea percibido, experimentado y contextualizado por la gente⁴⁶. Es el resultado de un marco ambiental concreto modelado a través de la acción humana y cultural que, por su parte, se basa en una concepción particular del espacio. Tal y como se señala acertadamente, “*el territorio, la materia prima del paisaje, existe desde que se formó el planeta tierra, pero los paisajes existen sólo desde que hay observadores capaces de percibirlos*”⁴⁷. Junto a ello se ha hecho hincapié en la necesidad de

de Huesca, 1997, pp. 9-12; Arthur Bernard KNAPP y Wendy ASHMORE, “Archaeological landscapes: constructed, conceptualised, ideational”, en Wendy ASHMORE y Arthur Bernard KNAPP (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Oxford, Blackwell Publishers, 1999, pp. 1-33; Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN, “Reflexiones sobre el paisaje”, en Nicolás ORTEGA (ed.), *Estudios sobre historia del paisaje español*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2002, pp. 13-24. Christopher TILLEY (“The power of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor”, *World Archaeology* 28/2, 1996, p. 161), define el paisaje con estas palabras: “*a set of conventional and normative understandings through which people construct and make sense of their cultural world*”.

⁴⁵ Tetsuro WATSUJI, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006, p. 24.

⁴⁶ Peter VAN DOMMELEN, “Exploring everyday places and cosmologies”, en Wendy ASHMORE y A. Bernard KNAPP (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 277-85.

⁴⁷ Francisco MUÑOZ DE ESCALONA, “Para una introducción a la microeconomía del paisaje”, *Contribuciones a la Economía*, septiembre 2004 [revista electrónica]. La diferenciación entre paisaje y territorio [MyC, 11, 2008, 33-61]

abordar también el estudio del paisaje desde una perspectiva histórica. Abandonando la tradicional idea que lo entendía como un escenario o estado físico final, se aboga por su carácter transformable, sujeto a regeneraciones y redefiniciones al tratarse de un producto histórico que acumula herencias⁴⁸. Por eso hay que analizarlo como algo cambiante, marcado por dinámicas de transformación no sólo geomorfológicas, botánicas, biológicas o climáticas, como estudiaba la geografía, sino también históricas, sociales y culturales⁴⁹. Ya desde la segunda mitad del siglo XX y de forma más acentuada con el postmodernismo, el paisaje ha comenzado a ser estudiado como un proceso en evolución en el que el hombre es un actor fundamental tanto en su construcción como en su percepción. Como una derivación de estas consideraciones, se puede establecer una clasificación de los estudios en dos escuelas: la histórico-social y la fenomenológica. La histórico-social otorga la primacía a las formas socioeconómicas, valoradas como determinantes en la configuración de los paisajes y en su evolución a lo largo del tiempo⁵⁰. En cambio, la línea fenomenológica

(realidad física y tangible de la superficie terrestre producto de la interacción de diferentes factores presentes en ella) viene siendo habitual en los estudios sobre este tema. MADERUELO (*Introducción: el paisaje*, p. 10) apunta en esta misma línea que “la idea de paisaje se encuentra tanto en el objeto como en la mirada. No es lo que **está** delante sino **lo que se ve**”.

⁴⁸ Christopher TILLEY, “The power of rocks...”, p. 162; Jaromir BENES y Marek ZVELEBIL, “A historical interactive landscape in the heart of Europe: the case of Bohemia”, en Peter J. UCKO y Robert LAYTON (eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1991, pp. 73-93; Barbara BENDER, “Landscape and politics. Introduction”, en Victor BUCHLI (ed.), *The material culture reader*, Oxford, Berg, 2002, pp. 135-40; Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN, “Reflexiones sobre el paisaje”, p. 17.

⁴⁹ Basándose en el dinamismo propio del paisaje y en su importante contenido cultural se plantea también la necesidad de estudios sobre la percepción del mismo (la ya consabida *reception theory*), porque “un paisaje es un escenario común y heredado, que contemplamos y vivimos a través de una cultura y en un contexto histórico y social” (E. MARTÍNEZ DE PISÓN, “Reflexiones sobre el paisaje”, p. 19).

⁵⁰ Según este enfoque el paisaje puede ser definido como “producto de los cambios políticos, económicos, sociales y culturales de una sociedad que se establece en un espacio definido. Por lo general dichos cambios se

hace hincapié en el significado y la intencionalidad, considerando el paisaje como construcción simbólica y social, como experiencia humana personal o grupal.

Entre las disciplinas que se han interesado por el estudio del paisaje, la Arqueología Prehistórica no ha sido una excepción. Las líneas postprocesuales suponen uno de los posibles enfoques de este tema. De forma genérica, se podría decir que la Arqueología del Paisaje tendría como objeto analizar los ordenamientos espaciales que vemos hoy, entendiéndolos como una herencia del pasado y planteando los procesos socioculturales que les han dado origen⁵¹. En el ámbito arqueológico el término comenzó a generalizarse en la década de 1970 en el área anglosajona, ligado de forma inicial a los estudios de Arqueología Espacial, influidos por la Nueva Geografía y la Escuela Económica de Cambridge. Así, las relaciones espaciales a distintas escalas (micro, semi-micro y macro) y la potencialidad económica, se convirtieron en los elementos protagonistas de un gran número de estudios vinculados al funcionalismo y la Nueva Arqueología. Las corrientes postprocesuales rechazaron posteriormente estas pautas aludiendo a su carácter reduccionista, que se limitaba a valorar las causas ambientales y económicas.

Las críticas aducirán que se tendía a estudiar el paisaje como un “objeto”, un fenómeno exclusivamente físico que podía ser medido y concebido en términos positivistas⁵². Ante estas alternativas se empe-

realizan dependiendo de la necesidad de la sociedad en determinado momento, por lo tanto las funciones de los elementos que componen el paisaje se van a modificar para así satisfacerlas” (Galit NAVARRO, “Una aproximación al paisaje como patrimonio cultural, identidad y constructo mental de una sociedad. Apuntes para la búsqueda de invariantes que determinen la patrimonialidad de un paisaje”, *DU & P Revista de Diseño Urbano y Paisaje* [revista electrónica], vol. 1/1, 2003).

⁵¹ Tom WILLIAMSON, “Questions of preservation and destruction”, en Paul EVERSON y Tom WILLIAMSON (eds.), *The archaeology of landscape: studies presented to Christopher Taylor*, Manchester, Manchester University Press, 1998, pp. 1-24.

⁵² Timothy DARVILL, “The historic environment, historic landscapes, and space-time-action models in landscape archaeology”, en Peter J. UCKO y [MyC, 11, 2008, 33-61]

zaron a plantear otras prioridades en el estudio del paisaje. Una de ellas pone el acento en su carácter semiótico, entendiéndolo como un conjunto de signos que debe ser leído y descifrado, o como una construcción cultural en la que intervienen también los elementos simbólicos⁵³. Otros autores se interesarán por el papel jugado por el poder social y el control político en su configuración, o por la relación entre el paisaje y la creación de la identidad⁵⁴. En otro orden de cosas, en los últimos años crecen los estudios enfocados a la gestión y conservación de los “paisajes arqueológicos”⁵⁵. En general, para estas nuevas tendencias el paisaje pasa a ser concebido como una representación ideológica del mundo, que debemos interpretar. El carácter simbólico del espacio también pasa a convertirse en un foco de atracción para las investigaciones de la última década.

Las líneas postprocesuales cada vez conciben como más relevante el hecho de que nuestro concepto de espacio es reciente en la historia. Como ya hemos ido viendo, el relativismo postmoderno ha mostrado la gran variabilidad de los conceptos, y por ello se acepta la idea de que el espacio o el paisaje no constituye una realidad fija y unívoca, sino que se trata de una construcción cultural, variable en

Robert LAYTON (eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1999, pp. 104-18.

⁵³ La recurrente analogía paisaje/texto queda de nuevo plasmada en los estudios arqueológicos de las últimas décadas. Se puede consultar al respecto: Felipe CRIADO, “El passat segons el poder: alternatius, policies i arqueòlegs a Stonehenge”, *Cota Zero* 5, 1989, pp. 109-14; John CHAPMAN, “Places as time-marks. The social construction of prehistoric landscapes in Eastern Hungary”, en George NASH (ed.), *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, Oxford, Archaeopress, 1997, pp. 31-45; George CHILDREN y George NASH, “Establishing a discourse: the language of landscape”, en George NASH (ed.): *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, Oxford, Archaeopress, 1997, pp. 1-4.

⁵⁴ C TILLEY, “The power of rocks...”, p. 162; Michael SHANKS, “Foreword”, en George NASH (ed.), *Semiotics of landscape*, pp. III-IV.

⁵⁵ J. BENES y M. ZVELEBIL, “A historical interactive landscape in the heart of Europe...”, p. 73; P. UCKO y R. LAYTON, *The archaeology and anthropology of landscape...*, p. XXV.

función de la sociedad⁵⁶. Así, tal como apuntan Layton y Ucko: “*the same physical landscape can be seen in many different ways by different people, often at the same time*”⁵⁷. Para estos nuevos planteamientos toda actuación humana sobre el mundo depende de conceptos o ideas, que siempre son fruto de un determinado contexto. En consecuencia, el paisaje es una imagen cultural, un modo visual de representar, estructurar o simbolizar lo que nos rodea o una manera particular de ver el mundo y de experimentar el tiempo y el espacio.

Siguiendo las pautas ya señaladas por la teoría de la recepción literaria, también en arqueología se revalorizará el papel activo del individuo en la formación de la cultura y en la relación que establece con su entorno⁵⁸. El paisaje no sería sólo el espacio físico donde el hombre habita y desarrolla sus actividades, sino que además se convierte en algo delimitado, creado e imaginado por él mismo. En palabras de Criado, el paisaje cultural puede entenderse como “*la conjunción de esa construcción simbólica del espacio con la construcción efectiva o material del mismo*”⁵⁹. Otra característica del paisaje tenida cada vez más en cuenta es su dinamismo, como queda patente en estas palabras de Ingold: “*landscape tells –or rather is– a story. It enfolds the lives and times of predecessors who, over the generations, have moved around in it and played their part in its formation*”⁶⁰.

En consecuencia, estudiar la relación entre cultura y paisaje en otros momentos históricos se convierte en algo importante para comprender los cambios que se han producido en nuestra percepción del entorno. De esta forma, dentro de la Arqueología del Paisaje y ya

⁵⁶ En la obra de UCKO y LAYTON (*The archaeology and anthropology of landscape*), que supone la publicación de las actas del III World Archaeological Congress (Nueva Delhi, 1994), se recogen varios artículos que muestran esta variabilidad en las formas de percibir y organizar el espacio en distintas sociedades y culturas.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 1.

⁵⁸ A. KNAPP y W. ASHMORE, “Archaeological landscapes...”, p. 3.

⁵⁹ Felipe CRIADO, “Arqueología del paisaje y espacio megalítico en Galicia”, *Arqueología Espacial*, 12, 1988, p. 66.

⁶⁰ Tim INGOLD, “The temporality of landscape”, *World Archaeology* 25/2, 1993, p. 153.

desde mediados de la década pasada, algunos autores defienden una serie de postulados teóricos sobre el concepto de espacio y de paisaje que revalorizan las reinterpretaciones del mismo y de sus elementos en diferentes momentos temporales, planteando la necesidad de abordar su estudio desde una perspectiva diacrónica⁶¹. El paisaje puede ser visto como la realidad en la que dejan sus huellas tanto los procesos naturales como los culturales, y su importancia radica en que el paisaje de un determinado momento influye en las actividades de sus habitantes posteriores. Un aspecto que merece la pena tener en cuenta es que el paisaje, como toda realidad, está sujeto también al dictado del tiempo. Por eso, no es el recipiente pasivo de la actividad humana y natural, sino un elemento dinámico e interactivo que ha actuado sobre la evolución de las sociedades del pasado. El estudio de los paisajes puede muy bien enfocarse desde la perspectiva de la *longue durée* braudeliana⁶².

El interés por el estudio del paisaje se ha visto incrementado entre otras cosas por el hecho de que ejerce un papel imprescindible en la fijación de la memoria, ya que supone la plasmación física de algo tan etéreo como es el tiempo⁶³. Por otra parte, contribuye a la

⁶¹ F. CRIADO y V. VILLOCH, “La monumentalización del paisaje...”, p. 64; Almudena OREJAS, “El estudio del paisaje: visiones desde la Arqueología”, *Arqueología Espacial*, 19-20, 1998, pp. 9-19; John C. BARRETT, “Chronologies of landscape”, en Peter J. UCKO, y Robert LAYTON (eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1999, pp. 21-30. De hecho, una de las ideas más defendidas por la Nueva Geografía y su interés por el paisaje apunta hacia su carácter de palimpsesto, de superposición de paisajes fósiles, y en definitiva, de realidad dinámica que también debe ser objeto de estudio desde un enfoque histórico y diacrónico (G. COONEY, “Social landscapes...”, p. 60; Milton SANTOS, *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo, razón y emoción*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 87).

⁶² En la década de los noventa surgió un debate entre los arqueólogos sobre la posible aplicación de las propuestas de la escuela de *Annales* a la investigación prehistórica. Una de las obras que resume este tipo de reflexiones es la de A. Bernard KNAPP, *Archaeology, “Annales” and ethnohistory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

⁶³ Yi Fu TUAN (“Space, time, place: a humanistic frame”, en Tommy CARLSTEIN, Don PARKES y Nigel THRIFT (eds.), *Timing space and spacing*

creación de la identidad al convertir algunos lugares en elementos relevantes dentro de la tradición del grupo. Si la memoria tiene predilección por fijarse geográficamente, el paisaje constituirá una de las realidades que mejor reflejen la memoria cultural. El paisaje ideológico de una sociedad nunca es estático, ya que los grupos sociales que lo crean también están sujetos a cambios. La *invención de la tradición* es una actividad continua que muchas veces utiliza el entorno y sus elementos como un medio de legitimar determinadas prácticas o ideas⁶⁴. Los “lugares de la memoria” forman a menudo parte del paisaje visible, y materializan la cosmovisión de las distintas sociedades. Estas tesis “justifican” el interés por estudios diacrónicos como los que estamos mencionando sobre los de los megalitos. De hecho, cada vez son más los autores que caen en la cuenta de la importancia de un “análisis histórico” e “historiográfico” de los fenómenos prehistóricos y arqueológicos⁶⁵.

Como una consecuencia de estos postulados, han ido cobrando fuerza las corrientes teóricas dentro de la Arqueología del Paisaje que reclaman la necesidad de “leer” el paisaje y el mundo en términos de

time. Volume I: Making sense of time, Londres, Arnold, 1978), compara metafóricamente el paisaje con un árbol genealógico o un archivo, en la medida en que permite al ser humano acceder tanto a su memoria personal como a la del grupo al que pertenece.

⁶⁴ Eric HOBBSBAWM y Terence RANGER, *The invention of tradition*, Londres, Cambridge University Press 1984; James A. SNEAD y Robert W. PREUCCEL, “The ideology of settlement: ancestral Keres landscapes in the Northern of Rio Grande”, en Wendy ASHMORE y A. Bernard KNAPP (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Oxford, Blackwell Publishers, 1999, pp. 169-97; Barbara BENDER, “Time and landscape”, *Current Anthropology*, Supplement (August-October 2002), pp. 103-12.

⁶⁵ En los últimos años y tanto para el caso de las construcciones monumentales prehistóricas como de “lugares” en general, se está planteando su valor como “timemarks” (J. CHAPMAN, “Places as time-marks...”, p. 38). Se puede consultar al respecto la obra de M^a Amor BEGUIRISTAIN y David VÉLAZ (“Megalitos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión”, *Memoria y Civilización* 2, 1999, pp. 317-27), que resume y cita las obras clásicas que hacen referencia tanto a este concepto como al de “landmark”.

percepción y de expresión y plasmación de significados⁶⁶. El paisaje se caracteriza para estas líneas de pensamiento por su carácter dinámico y abierto, variable y polisémico (puede significar cosas diferentes para gente distinta, tanto en la misma época como en diferentes momentos temporales).

Como consecuencia de estas consideraciones se ha producido esta mencionada revalorización de las reinterpretaciones del mismo y de sus elementos –sobre todo de las construcciones monumentales–, en diferentes momentos temporales. Se define el “paisaje” o el “mundo” como una construcción conceptual y específica de cada grupo humano concreto, como una construcción cultural que deriva de una particular forma de entender el tiempo y el espacio. Parcero, Criado y Santos, señalan que “*como cualquier otro producto humano, el paisaje objetiviza una intención, un sentido y una racionalidad. Esto tiene como resultado unos elementos formales específicos que pueden reflejar de alguna manera los contornos de esa racionalidad*”⁶⁷. Por tanto, si aceptamos que la “construcción mental” de paisajes o mundos varía en función de grupos y a lo largo del tiempo, podemos entender el interés por evaluar el paisaje o los elementos que lo componen de forma diacrónica⁶⁸. Cada época o cada sociedad en realidad habría

⁶⁶ La constante vinculación que venimos apuntando entre la teoría literaria y la teoría arqueológica queda reflejada de nuevo en la asimilación texto/ paisaje que supone entender esa última realidad como un soporte en el que hay que descifrar (“leer”) las ideas, prácticas y contextos que caracterizaron a las sociedades que los crearon. Un interesante artículo de James y Nancy DUNCAN (“(Re)reading the landscape”, *Environment and planning D: society and space* 6, 1988, pp. 117-26), plantea la aplicación de la teoría de la recepción literaria al estudio de los paisajes. La obra editada por George NASH (*Semiotics of landscape: archaeology of mind*, Oxford, BAR International Series, 1997) recoge aportaciones de varios autores en este sentido, proponiendo un análisis semiótico del paisaje.

⁶⁷ C. PARCERO, F. CRIADO y M. SANTOS, “La arqueología de los espacios sagrados...”, p. 159.

⁶⁸ Parcero, Criado y Santos (*Ibidem*) proponen emplear el concepto de reescribir el paisaje (“rewriting landscape”) para aludir a las transformaciones que ha experimentado esta realidad a lo largo del tiempo. Las sucesivas fases históricas han ido incorporando tradiciones y patrones de

“creado” su espacio: la realidad material del entorno ha podido no variar, pero por el contrario, la “idea”, el “concepto” y la interpretación de esa realidad tangible no ha sido siempre la misma⁶⁹. Extrapolando esto a nuestro tema de interés, lo mismo ha debido ocurrir con los megalitos: en la mayoría de los casos su aspecto material ha cambiado muy poco, pero la interpretación de los mismos sí que ha sufrido cambios espectaculares⁷⁰. Todo monumento, como expresión de ideas, sería susceptible de reinterpretación en el tiempo. Dependiendo de cada momento cultural su significado irá variando. El carácter “prospectivo” de los monumentos y paisajes viene siendo puesto de relieve en los últimos años, incidiendo en que gracias a su permanencia y visibilidad, son medios adecuados para plasmar las ideas y transmitir las a las siguientes generaciones⁷¹.

En esta línea se imbrican las tesis de Bradley sobre la capacidad de los monumentos para evocar “memorias”, y en definitiva para consolidar una idea de pasado o de vinculación con los ancestros. El concepto de “transparencia” aplicado a los paisajes es definido por Fairclough como: “*the potential for earlier chronological horizons (whether they are relict features or still-working components of the landscape, perhaps in a new use) to remain visible beneath later, different land uses and landscapes*”⁷². El paisaje como palimpsesto y

racionalidad anteriores integrándolos, interpretándolos de otra forma o cambiándolos.

⁶⁹ La crítica más importante que reciben las líneas postprocesuales cuando proponen la necesidad de explicar las formas de conceptualizar los paisajes por parte de las sociedades prehistóricas, alude a los problemas para acceder a este tipo de conocimientos a partir del registro material (G. COONEY, “Social landscapes...”, p. 47; R. LAYTON y P. UCKO, “Introduction: gazing on the landscape...”, p. 14).

⁷⁰ M. MARTINÓN-TORRES, “Los megalitos de término...”, p. 104.

⁷¹ C. HOLTORF, “Beyond chronographies of megaliths...”, pp. 103-4; R. BRADLEY, *The past in prehistoric societies...*, p. 82.

⁷² El autor pone como ejemplo la “huella” visible de la antigua organización agraria tardoantigua en los paisajes postmedievales británicos (Graham FAIRCLOUGH, “Protecting time and space: understanding historic landscape for conservation in England”, en Peter J. UCKO y Robert LAYTON

acumulación de realidades de diferentes épocas, supone por tanto la plasmación de un sentido de transcurso temporal. Como derivación de estas tesis, la pertinencia de una “biografía” o una revisión diacrónica tanto de los objetos arqueológicos como de los paisajes aparece cada vez más en la bibliografía⁷³. En el caso concreto de los megalitos, algunos autores están destacando la importancia de analizar los momentos posteriores a la construcción y uso de los mismos, valorando las reinterpretaciones que se hayan hecho de ellos a lo largo de la historia⁷⁴. Los trabajos de Cornelius Holtorf en el Norte de Alemania o de Marcos Martín-Torres en Galicia son quizás la muestra más ilustrativa de este tipo de enfoques.

Lo que trabajos como estos están demostrando es que monumentos tan visibles en el paisaje como los megalitos han sido reutilizados físicamente con distintos fines y han despertado cierta

(eds.), *The archaeology and anthropology of landscape. Shaping your landscape*, Londres, Routledge, 1999, pp. 119-34).

⁷³ R. CHAPMAN, “Places as time-marks..”, p. 36; F. CRIADO, “Arqueología del paisaje...”, p. 97; F. CRIADO y V. VILLOCH, “La monumentalización del paisaje...”, p. 77; C. HOLTORF, “The life-histories os megaliths...”, p. 24; *Monumental past...*, 2000-2007; A. B. KNAPP y W. ASHMORE, “Archaeo-logical landscape...”, p. 10.

⁷⁴ Richard BRADLEY, *Altering the earth...; The significance of monuments...; The past in prehistoric societies...*; Gabriel COONEY, “Social landscapes in Irish prehistory...”; Christopher CHIPPINDALE, *Stonehenge complete...*; Richard HINGLEY, “Ancestors and identity...”; Marc PATTON, “La Hougue Bie à Jersey:..”; Conor NEWMAN, “Reflections on the making of a ‘royal site’ in early Ireland...”; Sarah SEMPLE, “A fear of the past...”; Cornelius HOLTORF, “Towards a chronology of megaliths...”; “Christian landscapes of pagan monuments...”; “Beyond cronographies of megaliths...”; “The life-histories of megaliths...”; “From the life-history of a monument to re-uses of ancient objects...”; *Monumental past: the life-histories of megalithic monuments in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)*. Es de justicia reconocer que a pesar de que este tema no ha tomado fuerza hasta los últimos años, existen honrosas excepciones, como el estudio pionero de Glyn DANIEL (*Megaliths in history*, Londres, Thames & Hudson, 1978), que abordaba estas “vidas posteriores” de los monumentos megalíticos. No obstante, esta obra carece de las justificaciones y contexto teórico que sí presentan otros ejemplos más recientes.

curiosidad desde momentos antiguos, favoreciendo el desarrollo de distintas explicaciones sobre su origen, datación, constructores o finalidad. Un mérito fundamental que también hay que atribuirle a la historia de la recepción aplicada a los estudios prehistóricos es haber llamado la atención sobre las posibilidades que un enfoque de trabajo inspirado en la diacronía ofrece a la investigación arqueológica. Si los megalitos han sido capaces de sobrevivir en pie más de cuatro milenios, no resulta lógico que nos detengamos exclusivamente en el estudio de su momento original de uso. Su carácter monumental y prospectivo abre las puertas a nuevas vías de estudio que, como vemos, pueden aportar mucha información sobre su devenir a lo largo de la Historia. El interés por este transcurso vital de los megalitos no es meramente anecdótico. Aunque resulta curioso conocer que muchos de ellos se han utilizado como trincheras militares, o que su construcción se ha atribuido a la intervención de gigantes, lo que realmente debemos valorar es que cada reutilización o reinterpretación no es más que una plasmación de la “memoria cultural” de un determinado grupo humano⁷⁵. Como ha señalado acertadamente Cornelius Holtorf, los sentidos y explicaciones dados a los megalitos a lo largo de la historia son expresiones de la memoria cultural de otras épocas. La transformación de las visiones e ideas sobre el pasado puede ser estudiada en su plasmación en ámbitos reducidos de la “memoria general” de una comunidad. Por ello, consideramos que el ejemplo específico de los monumentos megalíticos y de sus reinterpretaciones y reutilizaciones puede ser una buena muestra de las opciones que ofrecen este tipo de postulados teóricos.

⁷⁵ Con el término memoria cultural se hace referencia a las construcciones o formas colectivas de entender el pasado distante por parte de un grupo que se encuentra en un contexto histórico concreto.

